



FEMINIDADES

LO QUE ESCRIBEN LAS MUJERES

A tiempo que el gobierno americano, los economistas de este país y el público que en este caso es la parte afectada y perjudicada, se ocupan de resolver el problema de la carestía de la vida, que cada día se presenta más pavoroso, no falta quien se dedique a estudios sociales, a la práctica de la más exagerada moral, a fantasías filosóficas, y a dar amables consejos para sobrellevar con el mejor éxito la vida inmateral.

Hellen Rowland, Dorothy Dix, Garret Lewis, Bárbara Blair, Ella Wilcox y Selma Lewis, venían dedicándose a diario a enseñarnos todas esas minucias que no están en los libros, a mostrarnos el camino para ser lo más felices posible; y quieras que no quieras, teníamos que aguantar los sermones, oír pacientemente los consejos, leer con más o menos interés esas filosofías de folletín, y enterarnos de cómo una de esas escritoras se las compone para alcanzar su propia dicha, que nos ofrece luego a manera de espejo, para que nos agüe la boca, y nos miramos de envidia.

Pero ahora resulta que dos artistas de teatro, Lillian Russell y Lina Cavallieri, echan su cuarto a espadas, y nos dicen, cuentan y cantan maravillas, en forma de recetas útiles, hasta para saber cómo ha llegado a ser bella, que lo es hasta dejarlo de sobra, la segunda de estas dos estrellas de la escena.

Menos mal cuando las escritoras americanas que arriba menciono "la toman" con las de su sexo; pero cuando la emprenden con nosotros los de pelo en pecho, es para echarse a morir.

Ahí tienen ustedes a la mujer del nieto del gran Longfellow, diciéndonos en qué consiste un marido ideal. Para Jessie Holliday, el marido ideal no debe fumar, ni beber licores

intoxicantes, ni comer carne. Debe ser partidario del sufragio de la mujer, y no debe ser el jefe de su hogar dejando a su mujer en la simple condición de los bienes muebles, sino que ha de darle derechos iguales a los que él tiene.

De lo que, por deducción, se saca cómo ha de ser el marido de Jessie Holliday: un caballero que ni bebe, ni fuma, ni come, ni huele, ni "náa".

Pero... a que no? ¡A que no es así como ella lo pinta o lo desea?

Hellen Rowland, que escribe "Las reflexiones de una soltera", no se mete a exigente; señala los puntos blancos o indica la parte negra de la vida y luego se lava las manos.

"Cásate — dice Miss Rowland — con un hombre de veinte años, y te echarás encima un amo; cástate con uno de treinta, y habrás adquirido un crítico; cástate con uno de cuarenta, y tendrás en tu casa un juez; cástate con uno de cincuenta y habrás conseguido una colección de mañas".

De forma que, para Miss Rowland, no hay edad en un hombre durante la cual pueda una chica conseguir un buen marido.

Pero aun extrema cuando dice: "Es difícil determinar cuál es más penoso soportar, si el marido que se la pasa en la calle o el marido de la clase de caseros, pues ambos nos joroban hasta morir".

Y agrega: "La diferencia entre una madre y una esposa que cocinan, es que la primera hace los guisos para un chico que tiene hambre, y la otra cocina para un dis péptico".

Dorothy Dix diserta con menos encono, o sea, en este caso, con más feminismo. Hablando de la amistad o camaradería que debe haber en-

tre marido y mujer, llega a decir cosas buenas. Por ejemplo, y estas líneas resumen su trabajo: — “La pasión muere de hartazgo, y entonces el hogar se hace pedazos, como una casa echa de naipes, a menos que esté fundado sobre la sólida roca de la amistad. Por ser tan pequeña la amistad entre marido y mujer, es que son tan escasos los matrimonios felices. Para vivir dichosos la última etapa de la vida, tienen los casados que ser, además, buenos camaradas; de otra suerte, sobreviene la ruina de la dicha”.

La colaboradora del “Journal” observa: “¿Queréis saber cuán poca amistosa unión hay entre la mayor parte de los maridos y sus mujeres? Pues no hay más que fijarse en ello en el teatro, en los restaurantes o en cualquier sitio de diversión pública. Y los veréis guardando un silencio tan denso, que se podría cortar con un cuchillo; y bostezando cara a cara durante los entreactos. Y en los restaurantes, devorando silenciosamente pan y mantequilla mientras se les sirven los platos que han ordenado”.

“Otro caso de infelicidad, dice Mis Dix, es que el hombre no puede nunca ser franco con su mujer sin que ésta sufra de ataques histéricos. El marido debe en muchos casos mentir contra su voluntad. El desearía, por ejemplo, decir a su mujer: “Mira, me encontré con unas amigas y me fuí a lunchar con ellas”. O “me voy a echar una partida de cartas con unos amigos esta noche”.

“¡Oh, no! El debe decirle, so pena de suscitar un disgusto en su hogar, que el trabajo es tan agobiante, que debe volver a la oficina por la noche; o una mentira semejante que evite el ataque de histerismo”.

Y todo por la falta de amistad, de camaradería en el matrimonio.

Bárbara Blair, en sus “Interviews con Cupido”, pone en boca del travieso dios los siguientes retazos de filosofía, que a la verdad son contundentes.

“No es fácil ni posible hacer cambiar de opinión a una inteligencia reducida, cuando ella no es capaz de emociones.

“Un hombre de esa clase no puede comprender una gran concepción, porque él mismo es demasiado pequeño.

“No cree en la equidad de otro hombre, por-

que él es injusto, ni cree en la verdad, porque es mentiroso.

“No cree que hay hombres honrados porque él es un píllo; como no cree en la honorabilidad de las mujeres, porque las mujeres que él trata no son honorables.

“No puede soportar que se elogie a un hombre bueno, porque los hombres buenos no lo pueden elogiar a él.

“No cree en ninguna grandeza, porque él es demasiado pequeño para concebirla.

“Dadme hombres y mujeres con gran corazón antes que con gran inteligencia. La inteligencia es como un jardín que se puede cultivar y trasplantar de un lugar a otro, al paso que el corazón es una concha con la profundidad del mar en ella que nada puede hacerla cambiar”.

Y si tal dice Cupido, que es niño y ciego, hay para calcular cómo serán las cosas de los hombres, de que no le ha hablado el pequeñuelo a Bárbara Blair, en sus célebres “interviews” que publica “The World”, porque para él no llegan claramente.

“Hay que despedir al señor Cupido”, dice a su vez Sarah Merrick, que es una eminente médica de Boston.

“El antiguo método de escoger un marido o una mujer — asegura la sabia, — porque las partes contratantes se figuran que se aman, es la causa de la infelicidad de la mayor parte de los matrimonios.

Y después de cortar por lo sano, en esa forma — y ya quisiera yo saber qué piensan de ello Cupido y Miss Blair, — agrega la doctora bostoniana que la infelicidad proviene de que en los matrimonios no ha intervenido la ciencia. Por ciencia entiende la señora Merrick hacer mutuamente los novios el estudio y la comparación de sus respectivos caracteres.

El indica que bien pudieran establecerse en todas partes oficinas matrimoniales con abogados consejeros para ayudar a los hombres y a las mujeres a hacer matrimonios científicos.

Me tomo la libertad de no opinar como la doctora de Boston; porque si el matrimonio es una lotería, en la que va uno mismo en solicitud del primer premio, y, de cien veces una apenas si se logra un reembolso: ¿qué será si uno permite que otro le escoja el billete?

Selma Lewis es una de las mujeres más bonitas que puede uno encontrar en este pícaro mundo; y encima de bonita es una afamada conferencista.